

mándolos á este Judas, á aquel Pilato, á otros Caifás, Herodes, y dándoles todos los nombres mas ofensivos á los oídos cristianos. En una palabra, el Rey á pesar de su genio imperioso, temió llevar mas adelante su empeño, y para salir del apuro asignó cierto tiempo al arzobispo para que meditase y tomase por último su resolución.

Volvieron en este estado los dos capellanes enviados á Roma por el Rey, trayendo consigo al legado Gautier, obispo de Albano (1). Habíanse convencido de que el Papa Urbano era el Pontífice legítimo, y Gautier traía el palio para el arzobispo de Cantorberi. Habia exigido Guillelmo que se le entregasen para darle á quien mejor le pareciese, y disponer así la deposición de Anselmo. Al pasar el legado por Cantorberi no vió al arzobispo, ni dijo palabra alguna del palio que consigo llevaba, y quiso tener siempre á los dos capellanes por testigos de todas sus conversaciones y de todos sus pasos. Cuando se avistó con el Príncipe, habló solamente de aquello que sabia le habia de lisongear, y no dijo una palabra siquiera á favor de Anselmo. Hizo en suma tan perfectamente su papel, que las gentes de bien temieron que Roma hubiese preferido el dinero ó el poder á la defensa de la justicia. Ganó con esta conducta tan bien el corazón del Rey, que publicó en todo el reino una orden absoluta de reconocer á Urbano II por Papa legítimo.

(1) *Edmer. hist. Novor.* 117. 2.

Quiso persuadir al legado que usase de la autoridad pontifical para deponer á Anselmo; pero aunque prometió enviar á Roma todos los años una gran suma de dinero, el legado fue incorruptible. Así todas las baterías que el Rey Guillelmo habia levantado contra el santo arzobispo de Cantorberi con tanto riesgo para el orden gerárquico de la Gran Bretaña, no sirvieron sino para arrancar las últimas semillas. No pudiendo ya volverse atrás, quiso por lo menos salvar su dignidad, y tener el mérito de congraciarse con aquel á quien no habia podido destruir. Solicitó del arzobispo que le hiciese un regalo por lo menos con la ocasion del palio, el cual hubiera tenido que ir á buscar á Roma con grandes gastos á no mediar la embajada del Rey que le habia proporcionado este honor sin ninguno. Respondió el Santo, que esto seria dar una apariencia de venalidad á la benevolencia de su Soberano, y hacerle injuria. Vióse reducido por último el Príncipe á captarse gratuitamente la voluntad del arzobispo; y conviniéndose en una reconciliación en forma, dijeron de una parte y de otra que olvidarian todo lo pasado. Propusieron á Anselmo algunos mediadores que recibiese por lo menos el palio de la mano del Rey, pero él representó que esta era una gracia de la santa Silla, y no una merced del Monarca, por lo que acordaron que el legado llevaria el palio á Cantorberi, le depositaria sobre el altar, y Anselmo le tomaria en él. Egecutáronlo así con mucho aparato en medio de las aclamaciones de un pueblo innumerable. Despues

de esta reconciliacion forzada, el Rey Guillelmo dejó por algun tiempo al Santo en paz.

37. Cuando Anselmo se vió establecido en la silla arzobispal, escribió de nuevo y con mas estension que siendo abad contra los errores de Roscelino; porque juzgó que un obispo tan eminente, en nada debía pensar mas que en desvanecer hasta las menores nubes que pudiesen eclipsar su fe. Convencido al propio tiempo de que el mejor modo de justificarse de una heregía, es establecer los principios contrarios sobre la unanimidad de sentir entre los gefes y miembros del cuerpo episcopal, sometió al juicio del Papa Urbano el tratado que compuso por esta causa sobre la fe de la Trinidad y de la Encarnacion. Así todo el mundo cristiano se convenció plenamente de la falsedad de las imposturas de Roscelino.

38. Una refutacion tan satisfactoria enseñó generalmente á todos á desconfiar de las calumnias de un impostor que denigraba con preferencia á los personajes mas virtuosos. La carta envenenada que publicó contra el bienaventurado Roberto de Arbrisel, no mereció mas que el desprecio de los hombres de bien. Si la reputacion de Roberto se eclipsó por algun tiempo para una porcion de espíritus ligeros, la verdad penetró por fin la nube, y la inocencia reconocida sacó un nuevo rayo de luz de la malignidad de los calumniadores. Este santo varon, breton de nacimiento, llevaba su apellido ó sobrenombre de la aldea de Arbrisel, hoy Arbresac, en la diócesis de Rennes (1).

(1) *Bolland. ad 25. Febr.*

No habia en su patria maestros hábiles, y pasó todavía niño á cultivar sus felices disposiciones á la escuela de París, donde sobresalió muy pronto. Movió su crédito á su obispo Silvestre de la Guerche á llamarle cerca de sí, y le nombró su arcipreste. Correspondió Roberto á las esperanzas del prelado, combatiendo con fruto la simonía y la incontinencia de los clérigos, y acarreóse así el odio de los culpados, quienes despues de la eleccion de Marbodio, sucesor de Silvestre, no encontraron ya límites á su rencor, y quitaron al santo arcipreste la esperanza de hacer eficaces las empresas de su celo, con el consuelo de ser apoyadas y sostenidas. Hizo en consecuencia dimision del arciprestazgo, y se retiró á la selva de Craon en los confines de la Bretaña y del Maine; pero la reputacion de su virtud convirtió pronto este desierto en un punto de reunion de todas las almas deseosas de su salud y de su perfeccion. Roberto, que tenia una gracia particular para anunciar la palabra de Dios, contó un gran número de discípulos continuos que sometió á la regla canónica despues de haber edificado, con las liberalidades de Renaud de Craon, la abadía de nuestra Señora en los Bosques, ó nuestra Señora de la Rueda. Fue abad de ella, pero no pudo este campo demasiado estrecho contener en su recinto la estension de su celo. Corrió todos los paises vecinos predicando penitencia, tanto con su egeemplo como con sus palabras, y esto con un fruto que correspondia al concurso prodigioso de sus oyentes. Llegó en este tiempo

el Pontífice á Francia, y habiendo oido á aquel hombre apostólico, le mandó ir á sembrar por todas partes las semillas del Evangelio, lo que verificó con una edificacion tal, que causó una santa revolucion en las costumbres de todos los estados, é infundió, hasta en el sexo mas débil, toda la fuerza y elevacion del heroismo. Entre los motivos que conducian á Urbano II á Francia, donde habia nacido, contábase la espedicion tantas veces proyectada, aunque sin efecto, y pronta por fin á egecutarse contra los infieles opresores de la tierra consagrada por la sangre de nuestro Redentor. Habíase ya tratado de ella en el concilio de Plasencia, donde sola la esperanza de una cosa tan deseada habia reunido millares de asistentes; y el Papa no dudó de que esta obra quedaria consumada en otro concilio que celebró en el pais mas á propósito para favorecer este proyecto magnánimo.

39. El primer móvil de tan grande obra era un simple sacerdote de la diócesi de Amiens, llamado Pedro, y apellidado el Ermitaño, á causa de la vida solitaria con que edificaba á todos (1). Era pequeño de cuerpo, y de una fisonomía poco agradable; pero tenia un valor heróico, un espíritu elevado, una viveza y una energía en sus afectos tal, que los hacia pasar de un modo irresistible al alma de aquellos á quienes hablaba. Dábale su vida pobre y austera mayor grado de autoridad: llevaba una túnica de lana con una mala capucha: iba por lo comun

(1) *Mus. Ital. pag. 131.*

con los pies descalzos, ó montado sobre un jumento cuando sus fuerzas se debilitaban: distribuía todo lo mejor que se le daba: no comia mas que pan, ni bebia mas que agua; y todo lo hacia sin afectacion, y con la piedad juiciosa que correspondia á un genio de aquel órden: Pedro sabia oportunamente hacer que cediese la mortificacion á la condescendencia.

Habia formado este hombre el proyecto de libertar los lugares santos en el seno mismo de la dominacion tiránica de los turcos y de los árabes (1). Concibió el mayor sentimiento en la peregrinacion que hizo á Jerusalem al ver una mezquita edificada sobre los cimientos del templo, las caballerizas contiguas á la iglesia del santo sepulcro, y la mayor parte de los lugares en que se habian obrado nuestros primeros misterios profanados de mil modos distintos. Tenia ya su plan formado, é inquirió y se informó de su patron que era cristiano, y de algunos otros fieles, tanto de su miseria presente, quanto de los males que habian sufrido despues de muchos años. Pasó despues á conferenciar sobre esto con Simeon, patriarca virtuoso de Jerusalem, le pintó en presencia de algunos otros prelados y de muchos cristianos del pais, el valor y poder de los Príncipes de Europa, el celo y la grande autoridad del Papa, y por último añadió: „no dudeis, ó santo padre, que si la Iglesia y los Soberanos del occidente estuviesen instruidos, y fuesen implorados por una persona tan digna como vos de su veneracion y confian-

(1) *Guill. Tyr. lib. 1. cap. 2.*

za, correrían con empeño y prontitud á romper el yugo opresor bajo del cual gemís. Escribid al Papa y á los Príncipes cartas circunstanciadas y selladas con vuestro sello; yo me ofrezco á ser el portador, y á hacer por todas partes con la ayuda del Señor eficaces instancias por vuestra libertad." Los obispos, y cada uno de los fieles que estaban presentes dieron á Pedro muchas gracias, y escribieron las cartas que pedia.

Orando despues por el buen éxito de su empresa en la iglesia del santo sepulcro se quedó dormido, y vió en sueños á nuestro Señor que le dijo: „levántate, Pedro, y apresúrate á egecutar tu comision: ya es tiempo de ausiliar á mis siervos, y de vengar la santidad de mi casa: no temas nada; yo estoy contigo." Sea lo que se quiera de la naturaleza de este sueño, el patriarca Simeon, á quien Pedro le contó al punto, y que segun todos los monumentos era un hombre de mucho juicio y de una grande virtud, le tuvo despues de examinarlo con detencion por una revelacion divina. Pedro el Ermitaño se sintió tan prodigiosamente alentado con esta vision, que se hizo á la vela apresuradamente para Italia.

Entregó la carta del patriarca de Jerusalem al Papa Urbano, muy inclinado ya á la espedicion que en ella se solicitaba; y no perdonó medio alguno, tanto para abreviar la egecucion, como para proporcionar medios formidables. Corrió, no solo la Italia, sino tambien cruzó los Alpes, preparando así el camino al soberano Pontífice, y buscó uno tras otro

á todos los Príncipes de este lado de los montes. Cuando el espíritu de los grandes y de los pueblos se hubo enardecido principalmente en la nacion generosa de los franceses, el Papa pasó á ella con diligencia por mar: atravesó el pais del Rodano, dirigióse á Pui en Velay, y convocó desde allí con dos ó tres meses de anticipacion, el concilio que se debia celebrar en Clermont en el mes de Noviembre de 1095. Ocupó este intervalo en visitar los monasterios de la *Chaise-Dieu*, de Souvigni y de Cluny, en donde habia sido monge y prior, á fin de escitar á los santos que los habitaban en gran número, á que rogasen al Señor por el buen éxito del concilio. En ninguna parte parecia estar tan complacido como en Cluny, en donde tuvo la satisfaccion de hallar con perfecta salud, aunque en una edad muy avanzada, á San Hugo, que le habia dado el hábito monástico: allí consagró el altar mayor de la grande y magnífica iglesia que este santo abad acababa de edificar.

40. Poníanse en movimiento entre tanto los prelados y señores en todo el mundo cristiano (1). Doce arzobispos, ochenta obispos y mucho mayor número de abades, sin contar una infinidad de otros eclesiásticos y sabios de todos estados llegaron á Clermont de todas las provincias de la Francia, y de los reinos vecinos. Adoptaron todos los decretos de los concilios que el Papa Urbano habia tenido en Melfi, Benevento, Troyes, en la Pulla y Plasencia:

(1) Tom. 10. Concilior. pag. 506.

formaron algunos cánones nuevos para la seguridad de los primeros, y para estirpar los restos de algunos abusos que se perpetuaban á la sombra de un disfraz, y de vanas interpretaciones. No solo prohibieron á los clérigos tener concubinas, sino tambien que durmiesen en su casa otras mugeres que las señaladas por los cánones antiguos como libres de toda sospecha; y escluyeron de los sagrados órdenes á los hijos de estos clérigos, y en general á todos los hijos ilegítimos, á menos que no hubiesen profesado la regla canonical ó monacal.

En cuanto á la adquisicion de los beneficios, además de las convenciones simoníacas, prohibieron poseer dos prebendas en distintos pueblos, ó dos dignidades eclesiásticas, y aun el hacer de ellas pleito homenaje en sus manos; proscribieron como simoníaco lo que se llamaba rescate de los altares, práctica establecida á imitacion del rescate que se hacia de los feudos en las mudanzas de los señores, y que consistia en dar al obispo una suma de dinero á cada mudanza de los titulares que servian aquellos altares ó capillas. Perteneciendo muchos de estos beneficios á monasterios, el concilio les confirmó la propiedad de aquellos que poseían mas de treinta años antes. Quitó á los monges el gobierno de las almas anexo á estos títulos, y resolvió que hubiese un capellan nombrado por el obispo, y presentado por ellos para gobernar al pueblo, esto es, para ser cura, y cuya institucion ó deposicion perteneceria al obispo diocesano. Estendieron algunos prelados este

reglamento á los canónigos regulares; pero el sabio Ivon de Chartres desaprobó con energia que se les escluyese de este modo del gobierno de las parroquias.

41. El proyecto de llevar la guerra al pais de los musulmanes hacia mas necesaria que nunca la paz y la concordia, y confirmaron cuidadosamente la tregua de Dios, y el derecho de asilo que se estendia á las cruces puestas en gran número en los caminos. Prohibieron tambien tomar separadamente en la comunion el cuerpo y la sangre de Jesucristo, exceptuando solo un caso de necesidad, como el de una enfermedad en que el enfermo no pudiese tragar el pan seco. El concilio resolvió esta prohibicion porque ciertos occidentales imitaban á los griegos que daban la Eucaristía en una cuchara en que se tomaban juntos el pan y el vino consagrados; práctica reprobada por la Iglesia latina como contraria á la institucion del Sacramento. Observamos por esto que subsistia aun el uso comun de comulgar bajo las dos especies, que siguió hasta despues de la conquista de Jerusalem en las iglesias occidentales, en que insensiblemente se fue estableciendo el uso en que estaba la Iglesia latina de no dar mas que la especie de pan en la comunion. Entre los asuntos particulares discutidos en el concilio de Clermont, el principal fue asegurar á la iglesia de Leon los derechos de primacia que la habian ya concedido: fundáronse como lo habia hecho Gregorio VII al dar su bula en favor del arzobispo Gebuino, en la noticia

de las provincias de la Galia inserta en la coleccion de Isidoro. Concluyó tambien el Papa Urbano en este concilio, aunque sobre un fundamento mucho mas sólido, la larga contienda del arzobispo de Tours con el que se llamaba arzobispo de Dol, á quien condenó á estar sometido al primero, y á darle satisfaccion por la desobediencia pasada.

Vinieron por último á tratar del objeto capital del concilio; esto es, de la liga proyectada contra los musulmanes. Alzando el Papa los ojos al cielo, é imponiendo silencio con una seña hecha á este fin, habló así (1): „bien sabeis, hermanos míos, que el Salvador del mundo ha honrado con su presencia la tierra prometida en la antigüedad mas remota al pueblo de Dios: aquella es su eterna herencia y el lugar fijo de su habitacion; y aunque es verdad que le ha abandonado por algun tiempo á la tiranía de los infieles, no por esto ha de creerse que le ha dejado para siempre. Hace mucho tiempo que el árabe sacrílego egerce su bárbara impiedad en los santos lugares: él ha reducido á los fieles á la esclavitud, y los agobia con tributos, exacciones y tratamientos indignos: roba á sus hijos obligándolos á renunciar el bautismo, y si hacen resistencia los borran del número de los vivientes. El templo del Señor se ha hecho el asiento de los demonios, el santo sepulcro está transformado en establo, todos los parages consagrados por la sangre y los vestigios del Hijo de Dios no son mas que lugares de carnicería y de prostitucion:

(1) *Guill. Tyr. lib. 1. pag. 32.*

allí se degüella á los sacerdotes y á los diáconos, y se quita á las mugeres y á las vírgenes la vida despues de violentarlas.”

„Armaos pues de celo todos vosotros, queridos hijos míos, y marchad sin dilacion al socorro de vuestros hermanos casi desesperados de la Palestina: la fe está cerca de espirar en el lugar mismo en que ha nacido. ¿Qué digo? Los tiranos furiosos no ponen ya mas límites á su rabia: como un torrente que no conoce diques, no contentos con las inmensas posesiones que han usurpado en el imperio de los griegos, quieren invadir los últimos restos, y estenderse despues por nuestro imperio, y por todos nuestros reinos: su ambicion sacrílega no se propone menos que extinguir hasta el nombre cristiano. Muchos de entre vosotros han sido testigos oculares de sus excesos, y ninguno puede dudar de ellos á la vista de estas cartas de nuestros hermanos de Palestina, traídas por el venerable Pedro que está aquí presente. Por lo que hace á Nos, confiando enteramente en la misericordia del Todopoderoso, por nuestra autoridad apostólica remitimos á los que marchen contra los infieles las penitencias que merecen por sus pecados: aquellos que mueran con un verdadero arrepentimiento en los lugares en que Jesucristo murió por nosotros, no deben dudar de obtener la remision de sus culpas y la vida eterna; y no será menor la recompensa muriendo en el camino.”

Esta promesa mal entendida por una infinidad de ignorantes, perversos de mala fe, que limitaron las